

LA NECESIDAD DE UN PROFETA

por el presidente **Spencer W. Kimball**



(Conferencia general de abril de 1970)

El desarrollo de las actividades de este día ha sido sumamente impresionante y reverente. Personalmente, así como de parte del Consejo de los Doce Apóstoles, deseo extender una cordial bienvenida al élder Boyd K. Packer, a quien hemos observado progresar desde los primeros días en que actuó como Asistente hasta hoy, en que posee tan importante llamamiento. Aquí encontrará una verdadera fraternidad en su grado más alto.

También damos la bienvenida en grado de Autoridad General al élder Joseph Anderson, a quien hemos querido y estimado todos estos años, y a los élderes David B. Haight y William H. Bennett, hombres de poder, dedicación y gran servicio.

Este es un año notable en la vida de este mundo. Corre el mes de enero; la historia se balancea en su eje principal, otra página ha pasado y aparece en el frente una nueva era.

Es la mañana del domingo 18 de enero de 1970; un noble corazón suspende sus latidos y un cuerpo entrado en años se relaja y duerme tranquilo. Así como un sismo envía marejadas alrededor de la tierra, actualmente las comunicaciones cubren la mayor parte de ella y millones de personas reflexivas, aun en lugares lejanos, se detienen para rendir solemne tributo a un hombre excelente que ha abandonado la vida terrenal.

Durante varios días, hileras interminables de fieles seguidores avanzan lentamente por la calle, aun en medio de la lluvia, para ver una vez más el semblante de su amado líder.

El Tabernáculo está invadido de personas que lo amaron, y le rinden hermosos tributos.

Con reverencia dignificada el cuerpo mortal del profeta David O. McKay es colocado para su descanso.

Nuestras cabezas se inclinan reverentemente, nuestros corazones están sufriendo, pero habrá una feliz reunión cuando este inspirado Profeta se una a las huestes de sus compañeros: los Josephs, los Brighams y los Wilfords.

En nuestro vacío, nos parece difícil; poder continuar sin él; pero así como una estrella desaparece en el horizonte, otra aparece en escena, y la muerte engendra la vida.

La obra del Señor es ilimitada; aun cuando fallezca un poderoso líder, ni siquiera por un instante queda la Iglesia sin dirección, gracias a la benévola Providencia que dio a su reino continuidad y perpetuidad. Como ya ha sucedido ocho veces antes en esta dispensación, un grupo de personas cubre reverentemente la tumba, se enjugan las lágrimas y vuelven los rostros hacia lo futuro.

En el momento en que muere un Presidente de la Iglesia, un cuerpo de hombres se convierte en un líder compuesto, hombres con experiencia y entrenamiento; desde hace mucho se han hecho los nombramientos y se han dado la autoridad y las llaves. Durante cinco días, el reino sigue su curso bajo este consejo autorizado de antemano. No hay lanzamiento de candidaturas, elecciones ni discursos políticos. ¡Qué gran plan divino! Cuan sabio nuestro Señor para organizar todo tan perfectamente más allá de las debilidades de los lánguidos y desesperados seres humanos.

Entonces surge el día notable (23 de enero de 1970), y 14 hombres reflexivos caminan reverentemente hacia el Templo de Dios: el Quórum de los Doce Apóstoles, el cuerpo gobernante de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, varios de los cuales han experimentado antes este cambio solemne.

Más tarde cuando estos 14 hombres emergen del santo edificio, ha ocurrido un acontecimiento de trascendencia vital: concluye un breve interregno, y el gobierno del reino se traslada nuevamente del Quórum de los Doce Apóstoles a un nuevo Profeta, un líder individual, el representante terrenal del Señor, quien modestamente ha estado avanzando hacia este sublime llamamiento durante sesenta años. El es ahora quien preside la Iglesia.

No obstante, no fue por razón de su nombre que accedió a ocupar este alto llamamiento, sino porque cuando era muy joven, fue llamado por el Señor, a través del profeta viviente de aquel entonces, para ser Apóstol —miembro del Quórum— y le fueron otorgadas las llaves preciosas y vitales para que las tuviera hasta que llegara el momento en que pudiera llegar a ser el apóstol mayor y el Presidente.

En esa extraordinaria reunión en el Templo, cuando ha sido "ordenado y apartado" como Presidente de la Iglesia por sus hermanos, los Doce, escoge a sus consejeros, dos hombres de gran valor: los élderes Harold B. Lee y Nathan Eldon Tanner, quienes gozan de una vasta experiencia como maestros, hombres de negocios, oficiales públicos y especialmente, líderes de la Iglesia.

Así, una Presidencia de tres y un Consejo de los Doce nuevamente reorganizados se dirigen humildemente a sus oficinas, sin presunción ni ostentación, y una nueva administración avanza hacia un nuevo período con promesas de gran desarrollo y crecimiento sin precedentes.

Fue un hombre muy joven el que introdujo el programa restaurado a este nuevo mundo, José Smith (23 de diciembre de 1805-27 de junio de 1844) contaba con sólo veinticuatro años de edad cuando la Iglesia fue organizada.

Cuando fue asesinado a los 38 años, el segundo Presidente, Brigham Young (1 o de junio de 1801-29 de agosto de 1877) fue primer apóstol (el que contaba con mayor antigüedad) y Presidente de la Iglesia (27 de diciembre de 1847) a los 45 años y presidió durante 30 más (hasta los 76 años). Los otros presidentes, cada uno a su turno, llegaron a esa posición a edades que variaban desde los 62 a los 84, y fallecieron entre los 79 a 96 años.

John Taylor (1 de noviembre de 1808-25 de julio de 1887) tenía 71 años de edad cuando fue Presidente de la Iglesia (10 de octubre de 1880) y murió a los 78; y después de su fallecimiento, Wilford Woodruff (1 o de marzo de 1807-2 de septiembre de 1898) actuó como primer apóstol (25 de julio de 1887). Dos años más tarde (7 de abril de 1889), fue sostenido como Presidente de la Iglesia a los 82 años de edad; falleció a los 91, después de lo cual el presidente Lorenzo Snow (3 de abril de 1814-10 de octubre de 1901) fue primer apóstol. Tenía 84 años de edad cuando llegó a ser Presidente de la Iglesia (13 de septiembre de 1898); y su presidencia fue breve, sirvió aproximadamente tres años (hasta el 10 de octubre de 1901).

El presidente Joseph F. Smith (13 de noviembre de 1838-19 de noviembre de 1918) fue

primer apóstol desde el 10 de octubre de 1901 durante siete días hasta que fue nombrado Presidente de la Iglesia el 17 de octubre de 1901, a los 62 años de edad; falleció a la edad de 80.

El presidente Heber J. Grant (22 de noviembre de 1856-14 de mayo 1945) fue primer apóstol por menos de una semana (el 23 de noviembre de 1918), cuando fue nombrado Presidente de la Iglesia a los 62 años de edad; falleció a los 88.

El presidente George Albert Smith (4 de abril de 1870-4 de abril de 1951) fue primer apóstol durante siete días y llegó a ser Presidente de la Iglesia el 21 de mayo de 1945, a los 75 años de edad; falleció a los 81. El sábado pasado se celebró el centenario de su nacimiento.

El presidente David O. McKay, noveno Presidente (8 de septiembre de 1873-18 de enero de 1970) fue primer apóstol por cinco días y sostenido como Presidente de la Iglesia el 9 de abril de 1951 a los 77 años de edad; falleció a los 96.

El presidente José Fielding Smith, cuya fecha de nacimiento es del 19 de julio de 1876, llegó a ser primer apóstol el 18 de enero, y Presidente de la Iglesia el 23 de enero de 1970, a los 93 años de edad.

Todos, desde John Taylor. hasta David O. McKay inclusive, fueron presidentes entre las edades de 62 a 84 años, y fallecieron entre los 79 y 96 años.

Es interesante notar que estos ocho Presidentes de la Iglesia asumieron su responsabilidad como tales a una edad media de 73 años, y la abandonaron a su muerte a una edad promedio de 85 años. Sirvieron un término medio de un poco menos de 12 años; por consiguiente, la edad media del Profeta viviente de la Iglesia ha sido de aproximadamente 79 años.

Podemos tener la certeza de que el Presidente de la Iglesia siempre será un hombre mayor; los jóvenes tienen acción, vigor e iniciativa; los hombres maduros estabilidad, fortaleza y sabiduría a través de su experiencia y su intensa comunicación con Dios.

En los días del empeoramiento de la salud del presidente McKay, la especulación aumentó entre los curiosos, los inquietos y los de menos conocimiento, y continuó como un tema importante de discusión a través del interregno.

Más de un millón de miembros no habían conocido a otro Presidente fuera de David O. McKay; por consiguiente, era natural que algunos estuvieran confusos.

Especulaban acerca de la edad. Los antiguos patriarcas no fueron jóvenes; Adán era muy anciano cuando presidió su posteridad, la cual se propagó por muchas generaciones. Abraham, Isaac, José y Moisés gobernaron a su gente, y fallecieron a los 175,180,110, y 120 años de edad respectivamente. Eran entrados en años, pero de su gran experiencia acumulada provino una sólida sabiduría y seguridad.

Se dice acerca de establecer un precedente; si es tal, ha llegado a serlo por la repetición de la orden revelada desde el principio. Brigham Young era el apóstol mayor que poseía todas las llaves y autoridades, y en el caso presente, el presidente Smith era el apóstol mayor. Esta es la voluntad del Señor y El retiene la dirección en sus manos divinas.

Cuando se verificó la primera sucesión, la Iglesia restaurada tenía sólo catorce años de establecida; por muchos siglos no había habido profetas ni visiones; no es de asombrarse entonces que la gente haya tenido tantas preguntas cuando las balas en la cárcel de Cartago arrebataron la vida de la persona en quien todas estas bendiciones —Iglesia, revelación, profetas— parecían estar centradas. Cuando los apóstoles regresaron de sus misiones, sepultaron a su profeta y consideraron lo futuro, todas las dudas se disiparon cuando el primer

apóstol, quien ya poseía todas las llaves avanzó como Moisés y condujo el camino.

El editorial del 2 de septiembre de 1844, sobre la sucesión, decía:

"Prevalece gran inquietud por saber 'quién será el sucesor de José Smith'.

"Pero os decimos, sed pacientes, sed un poco *pacientes* hasta que llegue el momento adecuado, y os revelaremos todo. 'Las ruedas grandes se mueven lentamente.' Por ahora podemos decir que el día 8 se llevó a cabo en Nauvoo una conferencia especial de la Iglesia, y se decidió sin ninguna voz disidente, que los 'Doce' deben presidir la Iglesia entera, y que cuando sea necesario alguna alteración en la Presidencia, se avisará oportunamente; y los élderes en el extranjero demostrarán mejor su sabiduría ante los hombres permaneciendo en silencio en cuanto a las cosas sobre las que no tienen conocimiento alguno. . ." (*Times and Seasons*, vol. 5, 2 de septiembre de 1844, pág. 632) (Traducción libre).

En estos singulares 140 años, diez presidentes han presidido la Iglesia y 78 apóstoles han servido en el Quorum de los Doce.

Esforzándonos diligentemente, avanzamos hacia una nueva jornada con una firme decisión por parte de nuestros líderes inspirados, dirigidos por nuestro Profeta, José Fielding Smith, que es digno de veneración y de respeto por su carácter, dignidad, edad y puesto. Como su esposa cantó esta mañana, es un personaje "limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño" (Salmos 24:4). Es un hijo de su Creador y un nombre limpio y santo de Dios, quien toma su alto llamamiento como el señalado del Señor. Durante sesenta años ha llevado consigo las llaves del reino, avanzando gradualmente hacia este día. Por seis décadas ha sido sostenido por los miembros de la Iglesia como un profeta; hoy es sostenido como el Profeta, el único que posee las llaves en su uso total bajo el Señor Jesucristo, que es la piedra angular y la cabeza de su Iglesia.

Para ser un Profeta del Señor, un individuo no necesita ser todo ante todos los hombres; no necesita ser joven y atlético, industrial, financiero ni agricultor; no necesita ser músico, poeta, banquero, doctor ni presidente de universidad, general militar ni científico.

No necesita ser lingüista, hablar francés y japonés, alemán y español, pero debe entender el lenguaje divino y ser capaz de recibir mensajes del cielo.

No es necesario que sea un orador, porque Dios puede hacer a los suyos. El Señor puede presentar sus mensajes divinos mediante hombres débiles hechos fuertes. Sustituyó una voz fuerte y firme por la apagada y tímida de Moisés, y dio al joven Enoc poder que hizo a los hombres temblar en su presencia, porque éste anduvo en las vías del Señor de la misma forma que Moisés.

El Señor dijo: "... sea por mi propia voz, o por la voz de mis siervos" (D. y C. 1:38).

Lo que el mundo necesita es un profeta líder que ponga el ejemplo: limpio, con mucha fe, semejante a Dios en su actitud, con un nombre sin mancha, un esposo amoroso y un verdadero padre.

Un profeta necesita ser algo más que un sacerdote, ministro o élder. Su voz se convierte en la de Dios para revelar nuevos programas, nuevas resoluciones. No afirmo que sea infalible, pero sí necesita ser reconocido por Dios, ser una persona autorizada. No es pretencioso como muchas personas que presuntuosamente asumen una posición sin que se les haya autorizado, así como autoridad que no les es delegada. Debe hablar como su Señor: ". . . como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mateo 7:29).

Debe ser lo suficientemente valiente para decir la verdad aun contra el clamor popular que

demanda aminorar las restricciones; debe estar seguro de su llamamiento divino, de su ordenación celestial, y de su autoridad para llamar al servicio, ordenar y conferir llaves que abren cerraduras eternas.

Debe tener poder dominante como los profetas antiguos: "... de sellar, tanto en la tierra como en los cielos, a los incrédulos y rebeldes ... para el día en que la ira de Dios ha de derramarse sin medida sobre los malvados" (D. y C. 1:8-9), y poderes sobresalientes: "... que lo que ligares en la tierra será ligado en los cielos; y lo que atares en la tierra, en mi nombre y por mi voz, dice el Señor, será eternamente atado en los cielos; y los pecados que perdonares en la tierra serán eternamente perdonados en los cielos; y los pecados que retuvieres en la tierra serán retenidos en los cielos" (D. y C. 132:46).

Se requiere más un Moisés que un faraón; un Elías que un Belsasar; un Pablo que un Poncio Pilatos.

No es necesario que sea arquitecto para construir casas, escuelas y edificios; pero será aquel que edifique estructuras para atar el tiempo y la eternidad y cerrar la brecha entre el hombre y su Creador.

Cuando el mundo ha seguido a los profetas, ha progresado; cuando los ha ignorado, los resultados han sido de estancamiento, esclavitud y muerte.

En cada momento de todos los días se transmiten numerosos programas; relativamente escuchamos muy pocos de ellos, porque estamos ocupados en nuestras actividades diarias, pero con estaciones poderosas de radiodifusión podríamos escuchar cualquier programa si prendemos la radio.

Durante miles de años ha habido transmisiones constantes de los cielos, mensajes vitales de guía y amonestación y ha habido una cierta constancia en las transmisiones desde la estación más potente. Durante todos esos siglos ha habido épocas en que hubo profetas que escuchaban esas transmisiones y volvían a repetir las a la gente. Los mensajes nunca han cesado.

Uno de éstos vino a Daniel en presencia de otros, y aquél que sí estaba sintonizado en la frecuencia adecuada dijo: "Y sólo yo, Daniel, vi aquella visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo" (Daniel 10:7).

En el camino a Damasco, una compañía de hombres viajaba por ahí; ocurrió un acontecimiento espectacular que provino de los cielos, pero únicamente un hombre estuvo en la frecuencia deseada para recibirlo; aquello que era sólo estática para todos los demás, fue un llamado al servicio para Saulo de Tarso, lo cual cambió su vida y contribuyó hacia la transformación de millones de personas; pero él fue el único que estuvo en armonía para recibirlo.

Se cuenta que ciertos astronautas rusos informaron que cuando penetraron el espacio interastral no vieron a Dios ni a los ángeles. Nuestra predicción para cualquier hombre del espacio incrédulo y ateo, es que no obstante que pudiera viajar mil veces más lejos y mil veces más alto, todavía estarán más lejos de Dios y las cosas eternas, porque lo que tiene fin no comprende las cosas espirituales.

Abraham encontró a Dios en una torre en la Mesopotamia, en una montaña en Palestina y en las cámaras reales en Egipto. Moisés lo encontró en un desierto, en el mar Rojo, en una montaña llamada Sinaí y en 'una zarza', José Smith lo encontró en la frescura de un bosque primaveral, en un cerro llamado Cumorah. Pedro lo encontró en el Mar de Galilea y en el Monte de la Transfiguración.

Que el Señor, nuestro Dios, apoye a este Profeta recientemente nombrado, José Fielding Smith, quien desde ahora estará 'en los negocios de mi Padre'; quien continuará sirviendo el "pan" del Señor y el "agua viva" que ahora comenzará a "encender las antorchas de Israel" y convertirse en verdad en el portavoz de Dios; y nuestra oración es que el Señor se dirija a él como lo hizo con Josué:

"Desde este día comenzaré a engrandecerte delante de los ojos de todo Israel, para que entiendan que como estuve con Moisés, así estaré contigo" (Josué 3:7).

Y que el Señor nos bendiga a nosotros, sus siervos, quienes hemos levantado hoy nuestra mano en señal de aprobación, y a todos los demás que no gozaron de esta oportunidad, para que de ahora en adelante podamos, como los hijos de Israel, exclamar al unísono:

"Nosotros haremos todas las cosas que nos has mandado, e iremos dondequiera que nos mandes.

De la manera que obedecimos a Moisés en todas las cosas, así te obedeceremos a ti; solamente que Jehová tu Dios esté contigo, como estuvo con Moisés (Josué 1:16-17).

"¡Israel, a tus tiendas!", permaneced firme leal e inmutable.

En el nombre de Jesucristo. Amén.